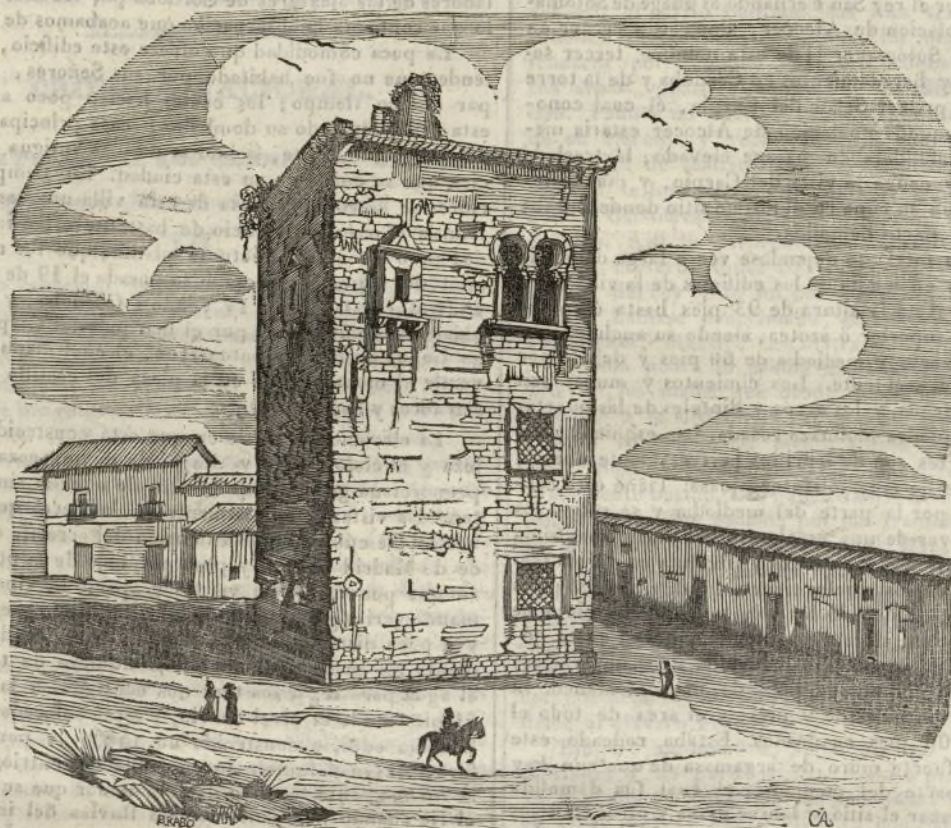


ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DEL CARPIO.

Seis leguas al E. N. E. de Córdoba, en un cerro de mediana elevación, á un tiro de bala de la orilla izquierda del Guadalquivir, está situada la villa del Carpio, que algunos escritores han juzgado que es la Ebora de los romanos á que Plinio llamó cereal. Otros han asegurado que es la Onuba que pone el mismo cerca de Córdoba á la orilla izquierda del Betis; empero otros colocan á Ebora a dos leguas de Bujalance y á una del Carpio hácia el cortijo llamado el traperero, y reducen á Onuba al sitio que ocupan las ruinas de Alcolea. Colocando Plinio aquella antigua población á la orilla izquierda del Betis, se echa de ver el error de los que la suponen en el citado parage que ocupa la orilla opuesta. Otros finalmente pretenden que Onuba estuvo donde ahora los Cansinos, sitio distante de Córdoba de tres leguas, donde se descubren muchos vestigios de antigüedad. Aunque no sea fácil resolver esta duda en medio de tan diversas opiniones y de la confusión que producen los varios sitios que en este territorio manifiestan.

tan rastros de población, nos inclinamos á creer que el Carpio debe reducirse á la Onuba con mas grados de probabilidad que á ninguna otra.

Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que en los contornos de esta villa se han encontrado en varias ocasiones monumentos de antigüedad romana que prueban la existencia de una población de aquellos tiempos en este parage. En los de Ambrosio de Morales se descubrió el magnífico enterramiento de la familia de los Acilios en que estaban sepultados Lucio Acilio Barba, de la tribu galeria, Lucio Acilio Terenciano, Cornelia Lepidina, hija de Cornelio Lepido, mujer del anterior, y Acilia Lepidina, hija de estos. En nuestros tiempos se ha encontrado igualmente otro sepulcro labrado en una pieza de marmol blanco en figura de atahud; mas la lapida que lo cubria, donde estaria la inscripcion que regularmente tendria, ya no existe. Tambien se han encontrado vasos sepulcrales, lucernas de barro, y un trozo cilíndrico de ara en que se ven los instrumentos de los sacrificios, delabro, disco y

29 de marzo de 1840.

preferículo en medio de un feston que pende al rededor.

No lejos del lugar que hoy ocupa la villa del Carpio sobre la orilla del río existía al tiempo de la conquista de Córdoba, es decir por los años de 1236, una pequeña población llamada Alcocer, restos acaso de Onuba, hacia el sitio que en el pago de Huertas que se estiende por la ribera del citado río ocupa la ermita de San Pedro que ha conservado el sobrenombre de Alcocer, donde aun se ven algunos vestigios de antigüedad. Los donados repartidos por el rey San Fernando al linaje de Sotomayor en esta población de Alcocer, vinieron a recaer en Garcimendez de Sotomayor II de este nombre, tercer señor de esta casa y heredamientos en Córdoba y de la torre de Bujugal y primer Señor del Carpio, el cual conociendo que la pequeña población de Alcocer estaría mejor situada y defendida en parage elevado, la trasladó al cerro que hoy ocupa la villa del Carpio, y mandó labrar una torre en su cima en el mismo sitio donde duraba otra antigua en parte demolida.

Elévase esta fortaleza dejándose ver a larga distancia de la población en medio de los edificios de la villa y en su plaza principal, a la altura de 93 pies hasta el pavimento del piso superior ó azotea, siendo su anchura por los frentes del norte y mediodía de 60 pies y de 45 por los de oriente y occidente. Los cimientos y muros son de sillares pequeños, y los arcos y dinteles de las puertas y ventanas de piedra molinaza rosada. Las esquinas y algunas otras partes son de ladrillos perfectamente unidos, y todo lo demás de muy sólida argamasa. Tiene este castillo la entrada por la parte del mediodía y se sube a los pisos altos a favor de una escalera estrecha y suavísima formada de escales muy bajos y dividida en varios tramos, muchos de los cuales tienen lumbrera. Los pisos son tres, en cada uno de los cuales hay una pieza de 100 pies cuadrados, de bóvedas con adornos al gusto gótico, y cada lado de norte y mediodía, tiene un gracioso ajimez sostenido por una columna de mármol blanco. El espesor de los muros es de 9 pies, y el área de todo el edificio de 2700 pies cuadrados. Estaba rodeado este castillo de un fuerte muro de argamasa de que aun hay restos por la parte del mediodía, el cual fue demolido para desembarazar el sitio y labrar casas y otros edificios contiguos. En su recinto actual se incluye un gran aljibe, por lo que no podía faltarle agua en mucho tiempo a la guarnición de la fortaleza. Las almenas que la coronaban en otro tiempo se han ido desplomando, y de las garitas que ocupaban sus cuatro esquinas con saetas por la parte inferior, apenas queda en algunas algo mas que los grandes canes que las sostenían.

En el muro del norte taya embatida una lápida que ahora se halla en el de oriente a cubierto de una casilla pegada al muro de aquel lado que hemos omitido en el dibujo para presentar el edificio exento, la cual dice así:

EN EL NOMBRE DE DIOS AMEN.

Esta torre mandó hacer Garcí Mendez de Sotomayor Señor de Jodar é vizola Mahomad e fue obrero Rui Gil é fizose en era de C^oCCCLXIII años.

(Año de Cristo 1325.)

CHRISTUS VINCI. CHRISTUS REGNAT. CHRISTUS IMPERAT.

Y al lado de esta se encuentra otra lápida de mármol blanco con la inscripción siguiente:

*Ferdinandi de Silva, Alvarez de Toledo.
Albensium ducis erga antiquitatem studio
proavosque pietate, lapis haec apud Am-
brosium Morales hispanarum scriptorem
rerum celebris, ob nimborum injuriam ex
opposita parietis facie avulsa hacque utpote
loco tuto posita anno MDCCXXI.*

El arquitecto de esta obra, segun indica la inscripción espresada, era moro, como todos ó casi todos los que en aquellos tiempos se dedicaban a las artes, y especialmente a la arquitectura; de modo que los vencedores entregados al ejercicio de las armas tenían que valerse de los vencidos, y depender de la inteligencia y habilidad de los que habían subyugado con su esfuerzo y valentia. De este mismo nombre Mahomad con el apellido de Agudo hubo otro moro maestro mayor de los albañiles y soladores de los alcázares de Córdoba por los años de 1477, lo que confirma la observacion que acabamos de insinuar.

La poca comodidad que ofrece este edificio, da a entender que no fue habitado por sus Señores, al menos por mucho tiempo; los cuales hacían poco asiento en esta villa, teniendo su domicilio y casa principal en Córdoba que aun existe, siendo la de mas antigua construcción que se conserva en esta ciudad. En tiempos posteriores se labró en la plaza de esta villa una casa a la que llaman *el palacio*, edificio de bastante estension y solidez pero de muy defectuosa planta, que fue reedificado en 1766. En este palacio hizo posada el 19 de febrero de 1621 el rey D. Felipe IV yendo a Córdoba, y fue observado magníficamente por el marqués del Carpio D. Diego Lopez de Haro y Sotomayor, el cual dispuso para divertir al monarca que en la plaza del castillo se corriesen toros y cañas.

La elevacion del sitio en que está construida la fortaleza y el cielo alegre y despejado de que goza esta villa proporciona gozar desde lo alto de aquella amenas y estendidas vistas, especialmente de la sierra que tiene a norte. Descúbrese gran estension del arceife que conduce de Madrid a Cádiz y pasa por bajo de la población: el río que por medio de verdes y apacibles riberas y formando varios giros tuerce hacia noroeste frente de la villa y a poca distancia mueve las azadas, llamadas vulgarmente las grúas, las cuales en número de tres, suben el agua para regar los terrenos contiguos a la altura de 51 pies desde el nivel del río, y están colocadas en un sólido edificio construido en 1565: la península que forma el Guadalquivir en su orilla septentrional llamada *la Huerta*, sitio fecundo de caza menor que suele destruir el río cuando hinchado con las lluvias del invierno sale de madre é inunda los campos con sus grandes avenidas y finalmente la sierra poblada de olivos y otros árboles y arbustos que se eleva al frente, ofreciendo alegre y variada perspectiva.

Esta villa fue erigida en marquesado que poseen hoy los duques de Alba, por el rey D. Felipe II en favor de D. Diego Lopez de Haro por cédula expedida en Bruselas a 20 de enero de 1559.

Los Señores de esta casa tienen su panteon debajo del cracero y presbiterio de la iglesia parroquial, al cual se baja por una buena escalera de jaspe de un solo tramo y se entra por una razonable portada, sobre la cual se ve el escudo de los fundadores. Este panteon, que es obsuntuosa y capaz, consta de dos naves de piedra molinaza rosada sostenidas de robustos pilares. Sus muros tienen hornacinas al rededor en las cuales están colocados los cadáveres. A la derecha de su entrada hay una pieza cuadrada, de bóveda, la cual por tener un eco que corresponde de un ángulo a otro opuesto, es llamada *los secretos*. En este panteon están sepultados D. García Mendez de Haro, obispo de Málaga, que murió en esta villa en 1507: D. Fr. Plácido Pacheco, monge benedictino, varón muy distinguido en su religion, hijo de D. Juan Pacheco de Haro, clérigo y oidor de la chancilleria de Valladolid: D. Luis Mendez de Haro y Sotomayor, 4.^o mar

qués del Carpio que murió en Madrid en 1614 y algunas otras personas de esta ilustre familia.

Restáanos decir que el vulgo de este país está persuadido de que esta villa es de la que tomó apellido el insigne hijo de Doña Jimena y del conde de Saldaña; pero deben saber que no de esta villa ni castillo, sino del que este famoso paladín edificó á cuatro leguas de Salamanca, donde ahora esta la villa de Alba, es del que tomó nombre BERNARDO DEL CARPIO.

L. M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA,

CRÓNICA NACIONAL.

LA BATALLA DE LOS LLANOS DE BAENA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

III.

En un espacioso salon de figura circular, bóvedas inmensas recargadas de adornos y follages, muros mazzos, en cuyos principales frentes sobresalían grupos de banderas, orlando blasones partidos en bandas gules y plata con las armas del reino de Leon y superados de insignias de Rico-hombre, cruzaba tranquilamente desde el uno al otro estrecho un personaje de edad proveya, blancos cabellos, barba luenga y poblada, y continente á la vez mesurado y profundamente triste. Cubría su cabeza un birrete ó capuz monacal, y su pecho la cruz militar de Calatrava. Era el Maestre Don García de Padilla; aquel guerrero invencible, que próximo á bajar al sepulcro, cenida su frente de laureles, había estado á punto de perder la vida á manos infieles, y buscaba ahora asilo en el castillo de Cabra contra la feroz venganza de la morisma, triunfante por primera vez de su esfuerzo en la malhadada batalla de los llanos de Baena.

¡Qué contraste! Ayer, soberano de vastas provincias, jefe de la hueste mas ilustre de la nobleza de Castilla, padre de una sola familia, y primer caudillo en las gloriosas lides del ejército de Calatrava: hoy, abatido y desgraciado sin fama y sin soldados, víctima de la perfidia musulmana, y objeto de la impostura de sus propios hijos. Padilla, siempre magnanimo y piadoso, había arrojado los mas inminentes riesgos por salvar su honor y el honor de la fé: pero la ingratitude de sus caballeros no pudo resignarle en su vencimiento y humillacion: aterrable la perspectiva de un cisma, y la conducta del rebelde Prado, que fugitivo de la rota de Baena y seguido de sus cómplices alzaba en Villareal la bandera de la usurpacion, le desconcertaba y oprimia. Calumniado por ellos ante el mismo trono de D. Alonso ¿cómo justificar su lealtad sometiénndose al juicio de un príncipe irritado, sin declinar sus privilegios y faltar á la alianza jurada por las tres órdenes...? ¿Cómo intentarlo, sin caer en manos de sus encarnizados enemigos? Estos recuerdos, empujando el espíritu de Padilla, le sumian en profundo dolor. Arroyos de lágrimas corrieron mas de una vez de sus mejillas venerables.

—Todos los buenos (esclama) los leales á su Dios y á su fé, han perecido ante mis ojos. Testigo de su agonia, vi el alma pura de tantos héroes volar á los pies del Altísimo. Señor, perdon para ellos, y para tantos desgraciados... La copa de tus iras derramada sobre mi corazón, predice futuros desastres. Morir como ellos murieron habria sido mi dicha, Dios poderoso. La infancia en-

tonces no cubriria las cenizas del guerrero, ni la traicion hallaria hoy nuevos crímenes que perpetrar y nuevas vidas que ofrecer!—

Enaginado el Maestre con tales pensamientos no percibió el rumor confuso, que en el patio del castillo excitaba el arribo de un mensajero, y cuando el comendador de Cabra D. Nuño de Arias le llamó por su nombre y entregó un pergamino cerrado, juzgó que la divina providencia, compadecida de sus ruegos, le anunciaba el fin de tales desastres y sacrificios. Pero no era así: el aviso contenia las mas tristes nuevas. La rebelion crecia por momentos, los moros invadian la frontera por segunda vez, y Córdoba estrechada por sus armas, pedía los auxilios de los caballeros de la orden. Padilla no vacila, reúne las numerosas reliquias de su ejército y recibiendo del comendador Arias el homenaje de lealtad, como su legítimo jefe, vuela al socorro de los pueblos fronterizos, y seguido del pendon de Calatrava, penetra en Córdoba á cumplir sus deberes. Allí le sorprendieron recientes desengños: el ingrato clavero Nuñez del Prado, auxiliado de la proteccion del rey y de un corto puñado de pérfidos caballeros, habiase proclamado, en medio de una eleccion turbulenta, Maestre de Calatrava.

¿Cómo podrá la pluma expresar con viveza el cuadro de los males que desde entonces se siguieron al reino y á la orden...? No habian pasado tres años, cuando viniendo á las manos ambos partidos en Villareal, quedó el campo cubierto de cadáveres, y Padilla gravemente herido. Los pueblos de la Mancha, en especial Miguelurra, fué asolado por los traidores. Otros resistieron la intrusa jurisdiccion del Maestre. Sustanciöse, sin embargo el proceso en toda forma, y declarado Padilla por verdadero jefe de la orden ante el capitulo general, sufrieron sus contrarios el condigno castigo. A poco, renaciendo los odios, y sin ser dueño por su avanzada edad de reprimirlos, verificó este su renuncia condicional en 1329, eligiendo la orden para sucederle al clavero Prado.

Empero su nombre, signo tiempo habia de convulsiones y de partidos, no bastó á pacificar con nueva y prudente conducta las provincias de su mando; y en tanto que el nuevo Maestre combatia en Algeciras al lado de su protector D. Alonso, Mahomad invadiendo á la cabeza de grandes huestes la campiña de Córdoba, tomaba castillos, asolaba pueblos, y volvia á Granada lleno de cautivos y de despojos. Tal y de tanta influencia habia sido para ambos reinos el malogrado desastre de los llanos de Baena!

IV.

La providencia, cuyos decretos reservaban á la virtud el premio de los trabajos, y al crimen la pena del escarnimiento, señaló á Prado la hora de su justicia. Corrian los años de 1355, y D. Pedro de Castilla, nombrado, el cruel, gobernaba con duro cetro sus estados. Mal avenido con el Maestre de Calatrava y deseoso de dar este cargo á D. Diego Garcia de Padilla, hermano de su mancha Doña Maria, hizo decapitar á D. Juan Nuñez en el castillo de Maqueda. Así pagó el traidor su ambiciosa ingratitude, y el nombre de Padilla, de amargo recuerdo para él, vino á acibarar en un cadalso sus últimos momentos: porque está escrito en el libro eterno, con la misma vara que midieres serás medido.

MAMUEL DE LA CORTE Y RUANO.

CUEVA DE HÉRCULES,

Y PALACIO ENCANTADO DE TOLEDO.



De las antiguallas mas notables que tiene la ciudad de Toledo, y que ha llamado y llamará siempre la curiosidad de todos los que van á visitarla, es la famosa, y ponderada *cueva de Hércules*, de que tantas fábulas y consejas refieren nuestros antiguos y modernos historiadores faltos de escritos y auténticas memorias, y bien sobrados de cuentos y ficciones las mas pueriles que nos transmitió la ignorancia y falta de critica de nuestros tiempos primitivos.

El origen y principio de esta famosa cueva es tan oscuro como la misma fundacion de Toledo, que se pierde en la inmensidad de los siglos. Hay quien atribuya la obra de esta cueva á Hércules el Griego, otros al Egipto, muy sabio en la magia, cuya facultad aseguran se esplicó en su recinto, algunos autores con la misma certidumbre, que hubieran tenido, si se hubieran en ella matriculado por alumnos. Aun llevan mas adelante el cuento, pues dan por seguro que al cabo de una manga, ó recondito escondrijo de esta cueva hizo labrar Hércules un palacio encantado, y en él puso un arca cerrada que contenia los lienzos, figuras y caracteres que pronosticaron á el infeliz D. Rodrigo la pérdida de España, habiendo este monarca osado penetrar en aquel Alcazar misterioso, sin haberle arreado la inscripcion que vió a la entrada, ni la estatua de bronce y formidable estatura, que colocada en un oscuro apartamiento, daba golpes los mas fieros con una maza de armas, ni por último las visiones y estrañas cosas que allí se le presentaron, y que latamente refieren nuestros antiguos coronistas, y trae en su historia el sabio Mariana, que arrastrado por la corriente del vulgo, no pudo menos de incluirlo; aunque bien conocia ser delirios, lo que a su pesar sentaba, relativo a estos sucesos.

Con estos antecedentes no es estraña la fama y opinion que ha contraido esta cueva, y el interés que han tenido varios en apurar y descubrir su contenido, ó el uso para que la destinaron en los tiempos mas remotos. Su existencia es segura é indubitable. Tiene su entrada y principio en la iglesia parroquial de san Ginés, situada en lo mas alto de la ciudad. El arco ó puerta por donde se entra a ella está en una bóveda de la misma iglesia, que llena de escombros y cadáveres, le encubre casi todo, advirtiéndose tan solo la estremidad de la clave, y un poco del muro ó tabique que cierra la entrada.

Camina esta cueva, segun dicen los que hablan de ella, por bajo de tierra hasta el espacio de tres leguas, y aunque en su principio no fuese tan grande, los usos para que en lo antiguo la aplicasen, serian causa de su engrandecimiento y latitud. Su fábrica y adorno interior aseguran que es raro, por la compostura de arcos, pilares y labradas piedras de que está adornada, y para prueba de la longitud de la cueva refieren que un muchacho desahogado, huyendo del justo castigo que le iba á imponer su amo, se entró sin reparar por ella adentro, y anduvo tanto espacio, que vino a salir a tres leguas de la ciudad, camino de Añover de Tajo.

No falta tambien historiador crédulo y vieja setentosa, que refieren, el primero en sus escritos, y la segunda en sus veladas, que existe en la dicha cueva un gran tesoro escondido bajo de tierra, oculto allí por los ro-

manos, al que guarda dia y noche un vigilante y fiero perro, que conserva las llaves de estas grutas, y tiene por oficio deborar á los que se acerquen con miras hostiles a tan ocultos lugares, no atreviéndose nadie a pelear con esa espantable alimaña, perpetuo centinela de las codiciadas riquezas.

Estas, y otras muchas fábulas que se contaban de esta cueva misteriosa, movieron la curiosidad del sabio arzobispo y cardenal D. Juan Martinez Siliceo de examinar y ver lo que dentro hubiese. Al efecto mandó descubrir y limpiar la entrada, y prevenir hombres, con mantenimientos, linternas y cordeles, y ya junto, y dispuesto todo, entraron los exploradores con buena dosis de miedo y a poco tiempo turbados y perdidos de espanto, tras pasados de la frialdad, salieron y al punto les tomaron juramento de decir verdad en lo que hubiesen observado y declararon (para justificar su espanto) que a cosa de media legua, (que regularmente seria milla, pues el miedo hace las leguas mas largas) se encontraron unas estatuas de bronce sobre uno como altar, de las cuales, la mayor se cayó del pedestal haciendo un ruido, que les llenó de pavor; pero que cobrando animo, dieron con un golpe de agua (lo cual es verosimil) que no pudieron atravesar, y cuya rapida corriente y espantable ruido dió a traste con el poco valor que les quedó a nuestros aventureros; y unido esto a la frialdad de la cueva, y sutileza de la atmósfera que en su interior concabidad se respiraba, les hizo volver pies atras, y salir al aire libre con caras de difuntos, llenando de admiracion a los que los aguardaban, juzgando saldrian ricos y medrados, y vieron por el contrario, que a poco enfermaron todos y los mas fueron víctimas de su arrojo, movido por lo cual el cardenal Siliceo mandó cerrar y lodar la cueva, para evitar de ese modo que nadie entrase, consiguiendo el principal fin que tuvo ese prelado en su exploracion, cual fue el desengañar al vulgo y hacer cesar las hablillas; antes por el contrario tomaron estas mas cuerpo con la relacion de los que la reconocieron inspirada sin duda ó por el excesivo miedo, ó por la aprension y misteriosas ideas, de que iban impregnadas sus cabezas, semejantes a las que D. Quijote llevaba cuando osó penetrar en la cueva de Montesinos.

Lo cierto es, que desde ese reconocimiento (funesto en verdad para sus autores) el cual caeció por los años de 1546, nadie ha vuelto a examinar esa cueva, ni siquiera se ha proyectado hasta el año pasado en que un curioso por descubrir antigüedades intentó reconocerla por segunda vez, a cuyo efecto se hicieron algunas diligencias y preparativos, pero por falta de medios é intereses absolutamente necesarios para poner espedita la entrada, y purificar el aire encerrado por tantos años en aquellas gargantas de la tierra, se frustró el proyecto que hubiera sido de utilidad, y curioso al mismo tiempo el relato y memoria que del contenido de la cueva pudiera haberse hecho, disipando de una vez cuantas consejas andan impresas, y se cuentan de tan tremendo lugar.

Son varias y muy curiosas las opiniones en que sobre el uso de esta cueva discordan los autores, unos que sirvió de templo dedicado a Hércules, otros, y es a mi ver lo mas probable, que sirvió en tiempo de los romanos de cloaca principal por donde desaguaban las inmundicias de la ciudad, pues son bien notorios los soberbios edificios subterráneos que para ese objeto mandaron construir los romanos, no solo en Roma é Italia, sino en muchas ciudades de las provincias que dominaron, y con especialidad en Toledo, ciudad a propósito para este género de obras por sus muchas cuevas y general desnivel, confirmando esto mismo una inscripcion y lápida

romana que estuvo fija en un antiguo torreón del puente de Alcantara, y que ya no existe, la cual hizo trasladar y tradujo el sabio Albar Gomez de Castro, y que puede verla el curioso copiada en la historia de Toledo del conde de Mora en su primera parte.

Otros opinan sirvió esta cueva de templo gentilicio en la época de la dominación romana, dedicado a los dioses infernales, y luego posteriormente de cementerio para los cristianos, y punto de reunión para las ceremonias y misterios de nuestra religión a semejanza de las catacumbas de Roma. Ultimamente muchos juzgan sirvió esta cueva de mina subterránea para poder salir sin riesgo de la ciudad en ocasión de un asedio. En resumen nada de cierto se puede establecer en este caso, quedando libre el campo, y fantasía de cualquiera para discurrir sobre el uso de esta famosa cueva, y sobre su contenido como mejor le acomode, yo por mi parte he cumplido con mi objeto, que no ha sido mas, que poner de manifiesto cuantas noticias he podido hallar, fabulosas ó verdaderas, de esta cueva memorable, de la que tanto se ha escrito, y de la que tan poco cierto se sabe.

N. MAGAN.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES (1).

V.



En aquella hora hacia ya que el sol doraba con sus ardientes rayos las elevadas cimas de las montañas que rodean á la Gran fantasía, cuando los tres viajeros llegaron á la ensenada de la Salud. Antonio acababa de partir por tercera vez á la caverna de los Cuervos en la roca negra, y Francisco Muñoz era el que allí se hallaba, acompañado por algunos hombres. Por el número de mercancías que aun cubrían la playa, juzgó Manuel que la operación de la guarda les ocuparía aun todo el día. Antonio no podía regresar antes de mediodía, y por grande que fuese el deseo que el contrabandista tenía de hablarle, le era forzoso esperar hasta aquella hora: dirigióse pues, hacia un bosque resguardado por elevadas rocas, con intención de disfrutar algunos instantes de reposo, despues de haber encargado al hijo del pescador Pedro, que no perdiese de vista a Fernando, y a Francisco Muñoz que indicase a Antonio, en el momento de su llegada, el lugar adonde se retiraba. Tendióse luego sobre el césped, colocó a su lado la escopeta, encendió su cigarro, tomo una pistola en cada mano, y despues de una lucha penosa y dilatada, entre el cansancio físico y moral contra la tumultuosa multitud de pensamientos que provocaban el insomnio, venció al fin aquel, y se quedó dormido.

Tres horas hacia que el sueño pesaba sobre sus párpados, pero estaba muy lejos de haber sido para él un bálsamo reparador: de sus labios entreabiertos se escapaban a veces palabras vagas, cuyo sentido hubiera sido difícil comprender: un sudor frio corría de las arrugas sombrías y profundas de su tempestuosa frente: de repente se despierta sobresaltado, se incorpora, y cediendo a un movimiento tan habitual como de instinto, prepara sus pistolas, dirige en torno suyo los extraviados ojos, y da un grito de sorpresa al ver de pie a su lado a un hombre que le miraba con interés é inquietud. Era Antonio.

(1) Véanse las entregas anteriores del Semanario.

Manuel guardó silencio por algunos instantes: sabía todo lo que habia padecido, y lo que le restaba que padecer como padre, y preveía todo lo que Antonio iba á padecer como amante. Esta idea le agobiaba, y no se sentía con fuerzas suficientes para despedazar con solo una palabra el corazón del jóven contrabandista; llegando á desear que estuviese allí Pedro para encargarle de dar á conocer á aquel la noticia fatal.

Antonio le observaba silenciosamente con una admiración mezclada de zozobra. — «¿Qué tienes?» — dijo por fin el jóven contrabandista. — Tengo que decirte, contestó Manuel con voz grave y conmovida; siéntate á mi lado.... ¿estamos solos?... escucha... Antonio, si llegases á saber que la que tú has amado, que la que amas todavía, que tu novia, que Casilda en una palabra, no es digna de tí; si te digesen que su corazón ha palpitado ó palpita de amor por otro, si te asegurasen que un hombre ha ocupado ya su lecho ¿qué harías?... ¿Y por qué supones cosas que tú mismo tienes por imposibles? replicó Antonio con extrañeza. — Contesta á mi pregunta (continuó Manuel), ¿qué harías?... Romper la cabeza del insolente calumniador, contestó Antonio haciendo un ademán terrible. — Pues bien, hiere, dijo Manuel inclinándose la cabeza, hiere; mi hija está deshonrada. — ¿Qué dices? repuso Antonio con sobresalto. — La verdad, contestó Manuel. — ¿Sueñas aun? dijo aquel fijando sobre el contrabandista sus ojos alterados. — Te he dicho la verdad, replicó este con el acento de la desesperación. — ¿Y cuál es el infame?... Ya sabes su nombre; sin duda le he pronunciado en sueños. — Fernando Zarzal. — El mismo.

Antonio permaneció como abismado bajo el peso de aquella terrible revelación, que hería su pecho como la punta de un agudo puñal; despues de un largo espacio de silencio, dijo por fin con una voz sombría. — ¡Ah! Fernando Zarzal! sin duda le habrás muerto? — No: vive aun. — ¡Vive! exclamó Antonio incorporándose y dejando brillar en su semblante una feroz alegría.... ¡Vive! y ¿dónde está? ¿dónde? y añadió blandiendo el puñal que pendía de su cintura ¡Oh Manuel! ¡cuánto te agradezco que no hayas derramado su sangre! te has privado de ese placer, has querido reservármelo á mí solo.... ¿eh? permíteme que te abraze por esa generosidad... ¿Dónde está? Dilo, Manuel... respóndeme... ¿Dónde está?... Quiero deshacer su cabeza entre mis manos, como quien espachurra un insecto... — Fernando Zarzal no morirá tal vez. — ¿Qué dices?... Tú mismo vas á dictar su sentencia. — ¿Qué misterio?... — Voy á explicártelo. — Di, pues. — ¿Me prometes hablarme con franqueza? dijo con voz grave el padre de Casilda. — Jamás disimulé mis pensamientos, repuso Antonio.

Sucedíose un prolongado silencio: Manuel fue el primero que le rompió despues de haber dejado escapar un dilatado suspiro. — Antonio, dijo con voz grave pero casi temblando de conmoción, con una palabra vas á despedazar para siempre mi corazón, ó á lisongearle con la esperanza de un porvenir tranquilo y dichoso: pesa bien tu respuesta; hé aqui lo que quiero preguntarte. ¿Quieres, despues de lo que te he revelado, dar á Casilda el título de esposa tuya? — Manuel trataba de leer una respuesta en los labios del jóven contrabandista; todos los suplicios de la inquietud estaban pintados en su rostro, y por la palidez de sus facciones, por su convulsiva inmovilidad, se podía juzgar del inmenso interés con que esperaba la respuesta de Antonio. Este, con los ojos bajos é inclinados hácia el suelo, parecía tambien víctima de una lucha violenta en el interior de su corazón: su silencio prolongó por algun tiempo la penosa ansiedad, hasta que en fin, una voz sorda y sombría vino á espirar en sus

labios — «No» — dijo, y su cabeza cayó involuntariamente sobre el pecho.

— Manuel permaneció absorto un momento, y estremeciéndose luego repentinamente murmuró estas palabras. — Fernando Zarzal no morirá. — ¡Cobarde! replicó Antonio. — «Fernando será esposo de Casilda» añadió á media voz el contrabandista; y Antonio sin ser ya dueño á contener su indignación. — ¿Qué dices?... Es imposible. — Será; y ¿quién podría oponerse? ¿no soy dueño de disponer á mi gusto de la mano de mi hija? te repito que será. — ¿Acaso me queda otro medio para cubrir su falta? ¿o he de ir yo mismo á dar publicidad á una desgracia que me llena de oprobio? porque es preciso ser francos, y con la misma lealtad con que todo te lo he descubierto, lo descubriría igualmente á cualquiera otro que aspirase á ser su esposo; y ¿crees tu por ventura que estaba yo en ánimo de hacer cada día semejante confesión? ¿imaginas acaso que podría soportar con paciencia que se me diese en rostro con un repugnante desden, que hubiese constantemente mis oídos el insultante *no* con que acabas de ofenderlos? Desengañate pues, no me queda otro camino para ahogar mis horribles recuerdos. La pérdida de Zarzal, su fuga, ó cualquiera otro obstáculo para su unión con Casilda serían en este momento una calamidad para mí; y al contrario, haciéndole esposo de mi hija, quedará salvada su debilidad ante los ojos del mundo; y á los propios míos será al día siguiente de su unión con Zarzal tan pura como lo era antes de conocerle. — Tienes razón, dijo Antonio en voz baja. — No quiero, pues, volver á parecer por el puerto de Sta. María hasta que mi hija sea esposa de Zarzal, y esta misma noche iremos á S. Lucar, en cuya ciudad... Pero ¿dónde está tu hija? interrumpió vivamente Antonio. — Dentro de pocas horas la verás. — ¿Qué! ¿debe venir aquí? — Antes de ser de noche. — Pues adiós; dijo Antonio con una voz sombría, estendiendo su mano á Manuel. — ¿Y adónde te quieres ir? exclamó este con interés. — Quiero abandonarte. — ¿Abandonarme!... y ¿por qué? — Al decir esto, los ojos del viejo se arrasaron en lágrimas. — Si de aquí á algunos días, continuó Antonio con una tranquilidad aparente, llegases á saber que se ha hallado en la playa el cadáver de un hombre arrojado por las olas, solo te pido que te acuerdes de mí. — ¿Qué es lo que intentas? exclamó el contrabandista con un movimiento de terror, y al decir esto, un pequeño ruido vino á llamar la atención de ambos interlocutores.

Antonio volvió rápidamente la cabeza, y lanzando un grito agudo. — ¿Quién es aquel hombre? exclamó. — ¿Cuál? ¿dónde le ves? — Allá abajo, entre las rocas, á la sombra de aquel gran pino, acompañado de otro hombre vestido de pescador. ¿No le ves? — ¡Ah! ¿por qué quieres saberlo? — ¿Quién es aquel hombre, te pregunto? preciso es que yo lo sepa, tu reposo y el de Casilda dependen de ello; vamos responde — y diciendo esto sus ojos desentajados centellaban de coraje, y en su mano brillaba el horrible puñal. — Guarda esas armas, dijo pausadamente el contrabandista, y ten entendido que mientras Fernando Zarzal esté defendido por mí, nadie se ha de atrever á atacarle. — ¿Quién? ¿Fernando Zarzal? gritó Antonio bramando de furor; y el viejo Manuel temió que una nueva desgracia amenazaba su cabeza. — ¿Que quieres decir? — Ven conmigo, respondió Antonio y llevándose á Manuel que apenas podía seguir la precipitada marcha del mancebo al traves de las rocas, hasta que llegando al pie de la montaña, Antonio se paró de repente. — ¿Cómo dices que se llama ese hombre? — Fernando Zarzal. — Es falso. ¿De donde dices que era? — De Granada. — Falso también ¿Qué mas ha dicho? — Que viajaba por gusto

— Mentira. — ¿Cómo! si tengo su pasaporte! — Mentira, mentira, su pasaporte miente como él. — El diablo me lleve ¿pues quien es ese hombre? replicó enfurecido Manuel? — ¿Quieres saber quien es? pues bien; es el mismo que yo busco hace años, el joven de Marbella de quien te he hablado, el infame Arévalo, el asesino de mi hermano.

Si la gigantesca cabeza de la Gran fantasma desprendida violentamente de su inmenso pedestal y lanzada por una fuerza sobrehumana hubiese venido á caer á los pies del contrabandista, seguramente no hubiera experimentado su pecho el asombro de que quedó poseído al escuchar estas palabras. Sus ojos fijos é inmóviles (empañados por una silenciosa lágrima) daban á entender los padecimientos interiores de su alma: Antonio le miraba y sonreía, pero con aquella sonrisa satánica de la venganza exclamando: — ¡Al fin le he vuelto á hallar! y sea Dios ó el diablo quien me lo presente, doy gracias á Dios ó al diablo por habermele echado al paso. — ¿No es verdad Manuel que me le cedas, y que encargas á mi brazo mi venganza? ¿No es verdad que puedo ya cumplir el juramento de arrancarle la vida?... Déjame, déjame, Manuel, que beba su sangre... No te opongas á mis deseos; y diciendo estas palabras vibraba un puñal ante los ojos de Manuel. — ¡Detente! exclamó este con una voz espantosa, sujetando con fuerza el brazo de Antonio. — Déjame. — Detente digo: ¿que es lo que pretendes? yo también quiero tener parte en la venganza. — ¿De veras? replicó Antonio brillando en su frente la alegría. — Voy á darte la prueba. — Pues vamos allá. — Vamos.

Y ambos se dirigieron hacia la pendiente de la roca, en donde suponían encontrar á Arévalo... De repente Manuel se paró. — Espera un poco, dijo. — ¿Que idea te ocurre? — Espera te digo y escúchame: yo he oído, no sé donde, pero yo le he oído, que en una ocasión un hombre asesinó á otro por venganza como nosotros; pero en el momento en que sumergió el puñal en su corazón, la sangre salió á borbotones de la herida, y algunas gotas cayeron sobre las manos del asesino... quiso hacer desaparecer aquellas señales acusadoras, pero cuantos medios empleó para conseguirlo fueron inútiles; cuanto mas lavaba las manchas mas claras se manifestaban... Aquellas gotas de sangre siempre frescas, siempre vivas, que le recordaban continuamente su crimen, le despertaron los remordimientos, los remordimientos le condujeron á la desesperación, y la desesperación á la muerte... — Eso es un cuento, replicó Antonio con una voz que daba á entender por lo menos la duda. — ¿Dónde está la prueba? dijo Manuel. — Yo no lo creo. — ¿Y porque? ¿no vemos diariamente cosas aun mas extraordinarias? — En fin ¿qué pretendes?... Quieres, me has dicho, tomar parte en la venganza ¿renuncias ya á ella? — No. — Pues entonces ¿qué intentas hacer?

Manuel reflexionó por algunos momentos, y en seguida levantó lentamente los ojos hacia la cima de la Gran fantasma. Antonio siguió maquinalmente el mismo movimiento. Al volver á fijarlos en el precipicio se encontraron sus miradas, y un rayo de diabólica alegría brilló sobre los duros surcos de su atezada frente.

Los dos contrabandistas se habian entendido. — ¡Hasta la noche! dijo Antonio. — ¡Hasta la noche! repitió Manuel con una voz sombría. Y se separaron.

VI.

Aun no eran las nueve de la noche: opacas nubes que giraban de Norte á Sur tocaban á su paso en la cabeza de la Gran fantasma; ni una estrella centelleaba á lo lejos sobre la oscura línea que formaba el horizonte, y apenas

se distinguía un reflejo pálido producido por la farola de Cádiz, cuya luz ocultaba en intervalos una espesa niebla. Todo presagiaba una de aquellas terribles tempestades tan frecuentes en ambos equinoccios; el viento soplabá lúgubre y violento, caprichoso é inconstante; la mar mugía lúgubre y sordamente, y sus olas amenazadoras comenzaban á elevarse, como preludios imponentes de las terribles luchas á que suelen entregarse los elementos en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

— «Tengo frío» — dijo Fernando Zarzal, que se hallaba al lado de Manuel sobre la cima del gigante de granito. — «Y yo miedo.» añadió temblando y con voz débil y tímida la desdichada hija del contrabandista. — El temor que te inspira la proximidad de la tormenta no tardará en disiparse, repuso Manuel. — ¡Qué noche tan oscura! prosiguió Casilda. ¿Cómo bajaremos? — No estoy yo aquí para guiarte? Jamás te estraviaste mientras tu padre estuvo á tu lado. — Pero es imposible que la nave que nos espera pueda acercarse á la costa en una noche de tempestad. Habrá sin duda vuelto á la mar. Bajemos, pues. — Y ¿quién se atreve á dar consejos á quien lleva cuarenta años de experiencia? dijo Manuel con una voz de trueno.

Sucediose un largo y profundo silencio. — ¿Creeis, dijo por fin Fernando, que vuestras gentes estaran de regreso de la caverna de los Cuervos ó como la llamais, para el momento en que llegue la nave? — ¿Qué te importa? — ¿Qué! ¿estamos solos? se atrevió á exclamar Casilda. — «Solos» — contestó su padre con una voz aterradora. La infeliz se estremeció, Fernando murmuró entredientes algunas palabras ininteligibles.

— ¿Qué tienes? dijo Manuel con gravedad. ¿Acaso ese inmenso y magestuoso espectáculo te llena de espanto? ¿No se eleva tu espíritu al sentir ese estremecimiento convulsivo de la naturaleza? ¿Si tu supieses cuántas veces me he hallado en este lugar en el momento en que los elementos llenos de furor se despedazaban entre sí! porque esta roca es mía: es mía por derecho de conquista. Los huesos de los imprudentes que han osado disputarme su posesion, están allá abajo en el abismo. Aquí soy potentado: y ¡ay del temerario que sin mi permiso se atreva á pisar este lugar! ¡Ay sobre todo del criminal que impelido por la casualidad ó por la fatalidad de su destino crea encontrar aquí un refugio! ¡Ay!... Ay! si, ¡ay de tí si me hubieses engañado, si no fueses Fernando Zarzal Tu juez va á parecer: tu verdugo te herirá... si mientes — ¡Qué oigo! dijo Fernando estremeciéndose. Silencio, exclamó el contrabandista. — Pero padre mió ¿será posible? — Silencio, repitió Manuel con voz terrible. — Y al resplandor de los relámpagos que empezaban á brillar, vió Fernando al terrible contrabandista, con rostro sombrío, y armadas las manos con dos pistolas. De repente dió un agudo silbido. — Aquí estoy — dijo Antonio saliendo de entre uno de los escondijos de la roca. Casilda y Fernando dieron un grito de espanto y de sorpresa.

— Quien nada debe, nada teme, dijo gravemente el viejo contrabandista, y volviéndose hacia Antonio. — Te he prometido, prosiguió, darte á conocer al que debe ser esposo de mi hija; ahí le tienes; mírale... ¿Es esta la primera vez que le has visto? — Y al decir estas palabras Manuel abrió la linterna sorda que llevaba debajo de la capa, y su resplandor dejó ver el rostro de Fernando Zarzal.

— Antonio retrocedió de furor al mirar claramente al asesino de su hermano; y empuñando el terrible puñal, se adelantó en seguida hácia él. — «Monstruo, exclamó, heme aquí frente á frente...» — ¡Gran Dios! ¿qué es lo que veo? dijo Fernando con un temblor convulsivo. — ¿Qué

ves? ¿Qué! ¿ningun secreto presentimiento te ha indicado que yo estaba oculto á dos pasos de tí? ¿No te ha avisado tu conciencia de que tu infame pecho iba á dejar de latir? ¿No oistes una voz lúgubre que te decía: «Antonio Doblado, el hermano del que cobardemente asesinastes después de haber deshonrado á su hermana, va á despedazarte entre sus manos? «Arrodillate, Arévalo, arrodillate y encomiéndate á Dios; porque vas á parecer ante su presencia: pero sea breve tu oracion. Yo haré un esfuerzo para detener por un instante mi brazo. — ¡Antonio Doblado! exclamó Arévalo con abatimiento. — Sí, este nombre encierra la sentencia de tu muerte... ¿Estas dispuesto? continuó Antonio levantando su puñal.

Al oír esta terrible revelacion, Casilda cayó sin conocimiento sobre la piedra del Gran fantasma: y su padre corriendo á socorrerla dejó caer de sus manos la linterna que rodando hasta lo profundo del abismo dejó aquella escena en la mas completa obscuridad. Arévalo temblaba ante el terrible vengador que acababa de aparecer á su lado; un sudor frío inundaba su conmovida frente, y su cabeza se inclinó hasta las rodillas como impelida por una fuerza sobrehumana; en el estravio de su razon solo pudo pronunciar estas palabras con voz quebrada y suplicante: — ¡Piedad! ¡piedad! Antonio — ¿Piedad? repitió este con voz aterradora, ¿tuvistes acaso piedad de mí cuando tu puñal atravesó traidoramente el corazon de mi hermano? ¿tuvistes piedad cuando deshonraste á mi hermana? ¿tuvistes piedad cuando engañastes á esta jóven que me estaba prometida?... Disponte, repito, que vas á morir. — Espera, espera, exclamó repentinamente Manuel, deteniendo á Antonio. — No, contestó este, ¿qué intentas? este hombre me pertenece y ¡ay del que intente contener mi brazo! — Detente, dijo, quiero hablarle... — Arévalo, continuó el padre de Casilda con voz solemne y conmovida, en el momento en que tocas al término de la vida, tengo un favor que pedirte: escucha: yo te perdono el mal que me has causado, pero sé generoso con el hermano del que asesinaste; no le obligues á cometer un crimen igual; no nos pongas en la precision de enrogecer nuestras manos con tu impura sangre: la muerte está allí, el abismo está debajo de tus pies... Vé... y nosotros rogaremos por tu alma. — Vé, repitió Antonio.

Estas palabras hicieron concebir alguna esperanza á Arévalo; levantó la cabeza como para imponer á sus adversarios, y dijo con entereza. — No, nunca! — Vé, continuó Manuel con voz de trueno; ¿no conoces que no puedes vivir? ¿No te dice tu corazon que tu muerte es justa?... Si, vé te digo. Siento que el crimen impulsa ya mi mano... — Y los ojos de ambos contrabandistas centelleaban en la oscuridad, y lanzabanse de sus pechos agudos sonidos. Arévalo iba retirándose siempre para evitar el continuo contacto de las puntas de los puñales, y ya sus pies tocaban en los últimos límites de la roca. Casi suspendo encima del abismo, todavía su voz ahogada repetía. — Nunca, nunca! Pero al ir á dar un paso mas para escapar á la continua acometida de sus verdugos... ¡Cielos!... La tierra ha faltado á sus pies, pierde el equilibrio y... — «Estamos vengados.» — Dijo en fin Antonio; y él y Manuel marcharon en direccion opuesta al sitio de aquella catástrofe.

Un inmenso relámpago surcó en este momento el horizonte, y el estampido del trueno siguió un instante después; la desdichada Casilda vuelta al fin de su paraisismo, se levanta precipitadamente; recorre con avidez su vista á uno y otro lado buscando á su amado Fernando; mas solo vé á su padre inmóvil, silencioso y pintada en su semblante la inflexibilidad... Adivina entonces la horrible venganza, y conociendo en fin que el hombre

quien había amado tanto, había cesado de existir, un grito de dolor y de desesperación fue el único desahogo que al abandonarla de nuevo las fuerzas dió á conocer lo profundo de su herida.

Pero el terrible Manuel sin parecer conmovido por tan desastrosa escena. — «Casilda, la dijo con voz grave, procurando hacerla comprender su siniestra intención; ánimo, hija mía, ahora te toca á tí... Tu amante te espera alla abajo.» —

Este horrible apóstrofe penetrando fuertemente en el corazón de aquella infeliz criatura, hizo prevalecer en ella el sentimiento natural de la vida, y por un movimiento involuntario cayó de rodillas á los pies de su terrible padre, sin acertar á pronunciar una palabra de perdón. — «Sin duda me pides que te perdone, dijo Manuel enternecido; si, hija mía; tu no bajarás al sepulcro acompañada de mi maldición; pero entre mi deshonor y tu muerte no debes titubear. Entierrale contigo, Casilda, y espera allí á tu desgraciado padre que no tardará en seguirte. — Piedad; Piedad padre mio! — gritó á este tiempo Casilda apoyada en las fuerzas de la desesperación: si mi padre me perdona, también el mundo me perdonará. — No, no, hija mía; dijo Manuel con la voz ahogada y balbuciente: el mundo tiene menos misericordia que un padre: mira la prueba: mira allí aquel hombre que te ama-

ba, y que estaba pronto á unir contigo su existencia: pues bien; preguntale ahora si consiente en llamarse tu esposo: tu verás que ni tu llanto ni tu desgracia serán bastantes á enternecerle. — Antonio, Antonio, gritó Casilda con amargura; perdóname por Dios. — Antonio, replicó Manuel con voz solemne ¿quieres tener compasión de mi hija? ¿consientes en recibirla por esposa? —

La respuesta que iba á escaparse de la boca del joven contrabandista era el decreto de vida ó muerte de Casilda; y ella y su padre, procurando ahogar sus suspiros, miraban á Antonio, como el criminal contempla el semblante de su juez.

— «No» — gritó este con una voz sombría. La desventurada joven lanzó un grito penetrante, y se arrojó en los brazos de su padre como para buscar un abrigo contra la muerte; pero Manuel levantandola en ellos por un movimiento de desesperación. — Esto es ya demasiado, no puedo sufrir mas. — exclamó; y marchó precipitado, arrastrandola consigo al borde del abismo: la infeliz joven no tenia ya ni resistencia ni lagrimas que oponer; Manuel, en el acceso de su frenesi, ni la conoce ni la mira; alza en fin para precipitarla, y en el momento en que sus brazos la iban á abandonar... — «Detente.» — (grita con terror Antonio) la viuda de Arévalo sera mi mujer.» —

A estas palabras Manuel se vuelve rápidamente, y de-



jando a Casilda en el suelo se dirije á Antonio, estrecha fuertemente su mano: — ¿Lo juras? — le dice con un movimiento de entusiasmo. — Lo juro, respondió gravemente Antonio; y ambos permanecieron abrazados algunos instantes.

Pocos minutos despues, a la luz de los relámpagos, vióseles bajar sosteniendo entre los dos a la infeliz Casilda apenas vuelta en sí, y luego tomaron juntos la vuelta del Puerto de Santa María.

FIN DE LA NOVELA

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.